

pada? ¿á ese ángel de belleza y de virtud quieres asesinar con tu propia mano? Yo no sé si algún ángel del cielo detuvo aquel brazo parricida é hizo saltar en pedazos el infame acero. Sólo sé que, alcanzada la santa Virgen por el despiadado padre en una cueva, éste, como león bravío, la arremetió á coces y puñadas, la arrastró por lugares fragosos y ásperos, y la encerró con más rigor que antes hasta entregarla él mismo al cruel Marciano¹. Miradla de nuevo atada á un poste en traje ultrajante para la modestia, azotada cruelísimamente con varas y nervios de bueyes, y refregadas con ásperos cantos las heridas del despedazado cuerpecito, del cual ¡oh Dios! manan arroyos de purísima sangre.

8. Y ¿no es bastante aún tan feroz carnicería para rendir el pecho heroico de aquella niña invencible por la fe y el amor? No, cristianos, no basta tan deshecha tormenta para derribar su constancia, ni bastarán tampoco los suplicios aun más atroces del día siguiente. Porque no ya con azotes, sino con peines de acero, son desgarrados los costados de la delicada Virgen, de suerte que no la sangre solamente, sino la misma carne, cae á pedazos por el suelo: y no saciada todavía la ferocidad de aquellos tigres que parece se relamen en la sangre de su víctima, aplican á las llagas hachas encendidas, mientras que le descargan duros martillazos sobre la cabeza. ¡Horror causa pensarlo! ¡Anúdase la lengua al referirlo! Hagamos de paso una importante reflexión. ¡Ese monstruo de crueldad es el hombre pagano, el hombre de las pasiones brutales, más fiero y sanguinario que las mismas hienas y panteras! ¡Baldón eterno al paganismo! ¡Gloria á Jesucristo Salvador del

¹ Ribadeneyra, Flos sanctorum.

mundo, que abatió con la idolatría el imperio de las pasiones! ¡Pero también baldón y guerra á muerte á cierto género de civilización bastarda y mentirosa, que trata de retornarnos á las costumbres paganas! Si tal cosa pudiera suceder, que no sucederá mientras la Iglesia subsista, volverían á representarse las horribles escenas de los tiempos de Maximino y Marciano. ¡Llor y gloria á esa religión divina, que tanta magnanimidad y tal grado de heroísmo supo infundir en almas de tímidas doncellas!

Porque, si bien reflexionamos, oyentes míos, nada fueron los tormentos del cuerpo para una alma del temple superior de Santa Bárbara; lo intolerable para la doncella castísima fué el rubor que padeció en el acto de amputarle el seno, fué la vergüenza de la desnudez cuando, en compañía de la matrona Juliana, fué paseada en ese estado por calles pobladas de turbas impudentes. Tengo por cierto que no habría podido resistir con vida á tal afrenta y confusión, si el cielo, obrando piadoso un milagro semejante al que protegió el pudor de la inmaculada Inés, no la hubiese quitado á las impuras miradas de aquel vulgo infame, tendiendo sobre todo su cuerpo un manto de maravillosa claridad, que, á manera de misteriosa nube, envolviese aquel tabernáculo del Señor¹.

9. Llega, finalmente, el suspirado término de tan encarnizada lucha. La ilustre mártir va á sellar con la última gota de su sangre el testimonio del dogma de la Trinidad beatísima; y vedla en la cumbre de un monte, como Jesús en la cima del Calvario, dobladas las rodillas delante del fiero verdugo, ofreciendo el

¹ Cf. 3 Reg. 8, 10.

blanco cuello al golpe de la espada que va á troncharlo, como el hierro troncha el delicado tallo de la rosa virginal. ¡Qué espectáculo tan imponente, hermanos míos! Mas ¿quién pensáis que es el verdugo que alza la tajante cuchilla para descargar el golpe de gracia sobre aquella pura víctima? ¡Ah! demasiado lo sabéis; sábelo bien el mundo entero, porque maldad tan inhumana y detestable no podía menos de resonar con eco prolongado de generación en generación á través de diez y siete siglos. Su mismo padre, el hombre, si así puede llamarse, más desventurado que vió la tierra, el execrable Dióscoro, agitado por todas las furias del infierno, descarga el fatal golpe que hace rodar la cabeza de la heroica Bárbara. La victoria está completa; el milagro de la omnipotencia se ha cumplido: la Trinidad divina ha sido glorificada por el más glorioso sacrificio que vieron los siglos, por la confesión, resellada con sangre, de la nunca bastantemente alabada Santa Bárbara.

Contemplad ya, aunque sea á la ligera, cómo Dios la glorifica y engrandece.

II.

10. No describiré la ovación con que fué recibida en el cielo el alma victoriosa de la esclarecida Virgen, ni los obsequios de aquella corte soberana de ángeles y bienaventurados que, vibrando palmas y coronas, le cantaban himnos de alabanza. ¡Oh! ¿qué es todo esto, aunque tan grande, en comparación de las dulces voces del Esposo que la felicita diciéndola: *Vén del Libano, esposa mía, vén y serás coronada*¹. *Pasó ya el invierno,*

¹ Cant. 4, 8.

*desvaneciöse la tempestad; ... levántate, amiga mía, y vén á mis brazos*¹. Y ¿qué podrá igualarse á los regalados abrazos del Padre celestial á hija tan querida? Y ¿qué será aquella luz de gloria con que la circunda y embellece el Espíritu glorificador? No hay duda que en la región del goce resplandecerá la casta Virgen de Nicomedia con una claridad del todo singular, emanada de los resplandores de la Trinidad que vendrán directamente á reflejarse en su semblante. No hay duda que allí se engolfará su alma purísima en visión beatífica de este adorable misterio, en cuya penetración consiste el deleite substancial de la Bienaventuranza. Eso es ver á Dios como es en sí, según se nos tiene prometido²; eso, entrar en el gozo de nuestro Señor³; eso, embriagarse en la abundancia de dulzura en aquella morada de la Gloria⁴. ¿Qué cántico sino el de la Trinidad, será aquel eternamente nuevo, que entonará Bárbara, descollando en el coro de las vírgenes, cántico que otros bienaventurados no podrán cantar⁵?

11. Mas no hubo de aguardar hasta el fin de la lucha el Dios misericordioso para glorificar á su sierva, porque, en medio de sus mismos combates, la hizo brillar á los ojos del mundo entero con lampos de claridad sobrehumana. ¿No os parece, amados oyentes, que la misma belleza de su rostro, que suspende todas las miradas, infundiendo el respeto de todo lo sublime, de todo lo divino, no es mera prerrogativa natural, por más que la naturaleza se haya complacido en hacer de ella una obra maestra, sino que tiene mucho de sobrenatural perfección? Mirad cómo, á pesar de los golpes

¹ Cant. 2, 11, 13.

² 1 Io. 3, 2.

³ Matth. 25, 21.

⁴ Ps. 35, 9.

⁵ Apoc. 14, 3.

que recibe, á pesar del copioso desangre, á pesar del horrible maltratamiento de todos sus miembros, Bárbara deslumbra siempre con soberana hermosura, como si el cielo la iluminara con sus más puros destellos, como si el aura de la gloria la acariciara con sus más delicados efluvios. No os admire; es porque toda la Trinidad santísima se digna comunicarle sus atributos: el Padre, la omnipotencia; el Hijo, la sabiduría; el Espíritu Santo, los transportes del amor divino. ¡Qué de prodigios no ilustran su martirio! Si huye del furor del frenético padre que quiere asesinarla dentro de su misma casa, las duras rocas se abren de improviso para darle paso y proteger su vida. Si yace despedazada y casi exánime en obscura cárcel, allí, disipando las tinieblas con su presencia, se le deja ver Jesús, como en nuevo Tabor resplandeciente, y la alienta y fortalece certificándola que estará siempre á su lado para hacerla superar toda la crueldad de los tiranos, y con esto cura todas sus llagas y cicatriza todas sus heridas, cual si nunca las hubiese padecido. Si arrecia el furor de la tormenta, el Espíritu de Dios la conforta, arrebatando su espíritu en éxtasis dulcísimo, á la manera que arrebató hasta las puertas del cielo á Esteban apedreado, y á Lorenzo asado á fuego lento. ¿Por ventura no veían el rostro de Bárbara como el de un ángel¹? ¿no estaba llena, como Esteban, del Espíritu Santo²? ¿no la arrojaron, como al invicto Protomártir, fuera de la ciudad, no para apedrearla, sino para cortarle la cabeza? Y estando allí fuera ¿no dobló también ella las rodillas exclamando, ya próxima á morir: *Señor Jesús, esposo mío, recibe mi espíritu*³?

¹ Act. 6, 15.² Act. 7, 55.³ Act. 7, 59.

12. Entonces fué, bien lo recordaréis, oyentes míos, cuando la santa Virgen pidió por última gracia al Señor, que le fué al punto concedida, que otorgase los bienes que le pidiesen todos los que en su nombre de ella le invocasen¹. Ved en cuán sólidos cimientos estriba la fe y devoción de todo el pueblo cristiano á la gloriosa Virgen vuestra patrona. Él sabe que nada niega Dios en el cielo á la fidelísima Esposa que tanto le glorificó en la tierra. Él sabe que el Criador omnipotente ha puesto en manos de ella un poder especial para dominar los elementos y las fuerzas de la naturaleza, mayormente aquella sierpe de fuego que, al cruzar las nubes, nos deslumbra con su relámpago y nos ensordece con su trueno. Santa Bárbara es reconocida patrona contra los horribidos estragos del rayo y la centella. No se diga que ya la ciencia ha arrancado á Júpiter los rayos, y que hoy puede el hombre disponer á su antojo de las descargas eléctricas, ó burlarse por medio de ingeniosos aparatos de los efectos de la electricidad atmosférica. No, cristianos, no llega á tanto, ni llegará jamás, el decantado progreso de la ciencia humana; y hoy, como ayer y como siempre, Dios es quien tiene en su diestra el rayo vengador, y víbralo cuando le place sobre las soberbias torres y las arrogantes cabezas de los pecadores². Pero la amable Virgen Santa Bárbara tiene virtud bastante para desviarlo de nuestras cabezas y de nuestras habitaciones. ¡Ah! ¡solamente un rayo no alcanzó á detener la piadosa hija! aquel que disparó la Divina Justicia sobre la frente del desventurado Dióscoro.

Otro rayo, aun más terrible para el pecador, es el de la muerte súbita y desprevenida, que viene á poner tal

¹ Ribadeneyra l. c.² Ps. 128, 4.

vez el sello á una reprobación eterna, bien merecida por una vida criminal y un largo abuso de la misericordia. *A subitanea et improvisa morte libera nos, Domine*, ruega la Iglesia; y cierto, hermanos míos, que puede ser espantoso castigo la muerte repentina. De ésta podemos libertarnos, si, junto con invocar á Santa Bárbara, procuramos con tiempo apartar de nosotros las iras celestiales. No, no moriremos sin la gracia de los Sacramentos si, además de implorar la protección de nuestra santa patrona, no somos voluntariamente remisos para acercarnos á ellos en los tiempos prescritos por la Iglesia; si alimentamos constantemente sentimientos de religión, piedad y temor de Dios; si aspiramos, en fin, á imitar en algún modo los heroicos ejemplos que nos legó esta admirable doncella, mártir de la Trinidad.

13. Así lo comprueban cien páginas de la Historia eclesiástica. Permitidme hacer mención, para concluir, de los singulares favores de la Santa á un ilustre devoto suyo, honor y gloria de la mínima Compañía de Jesús, el seráfico joven San Estanislao de Kostka. Distinguíase el piadoso mancebo por una especial devoción á la gloriosa Virgen Santa Bárbara, patrona de la Congregación de jóvenes del Colegio de Viena de Austria, de la cual era prefecto Estanislao. Y ved aquí de cuán fina manera correspondió la santa Virgen al amor de su devoto. Acometido el joven de mortal dolencia creyó que iba á morir á los quince años; y lo más sensible para su corazón no era morir en la flor de la vida, sino morir sin Sacramentos, no siéndole dado recibirlos en la posada de un hereje. ¿Qué hace el angustiado enfermo sino volver los ojos á su amada patrona y recabar su auxilio en aquel trance? Bárbara le escucha, y ¡oh prodigio no increíble á quien cree en la Omni-

potencia! baja del cielo acompañada de ángeles, se acerca al lecho del piadoso moribundo, y hace que uno de aquellos bienaventurados espíritus le administre el viático del Cuerpo de Cristo. Estanislao no murió de aquella enfermedad; bastó empero que se hallara en inminente riesgo de salir de este mundo, para obtener de la Santa el favor extraordinario de ser comulgado de manos de los ángeles.

¡Cristianos! alentemos nuestra fe, reanimemos nuestra confianza y avivemos nuestra devoción á la esclarecida Virgen y Mártir, á cuyo culto consagramos la solemnidad de este día; y, ya que la piedad del vecindario y de la ciudad entera ha dado cima á la importante obra de la restauración del templo parroquial de su nombre, crezca de hoy más el fervor religioso de los feligreses, aumente en la parroquia la frecuencia de los Sacramentos y todo género de buenas obras, á fin de honrar con una conducta verdaderamente cristiana el nombre de nuestra querida patrona, y merecer algún día ser admitidos en la participación de su gloria por eternidad de eternidades. Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA FILOMENA, VIRGEN Y MÁRTIR

(predicado en Facatativá, Colombia, 1897).

Mulierem fortem quis inveniet?... Fortitudo et decor indumentum eius.

¿Quién hallará una mujer fuerte?... La fortaleza y la belleza son sus atavíos.

Prov. 31, 10. 25.

1. ¿Á quién pensáis, hermanos míos, que tocó la gloria y la ventura de dar con el tesoro de esta mujer fuerte á la que hoy tributamos por vez primera fervo-